

PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 27.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	$\frac{1}{2}$ peso.	$1\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
 Madrid, 30 de Setiembre de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.
 Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

ÉGLOGA PASTORIL,

EN QUE SE DESCRIBE EL BOSQUE DE ARANJUEZ Y EL NACIMIENTO DE LA SERENÍSIMA INFANTA DOÑA ISABEL DE ESPAÑA (1).

En lo mejor de la felice España,
 Do el río Tajo tercia su corrida
 Y con sus cristalinas aguas baña
 La tierra entre las tierras escogida,
 Está una vega de belleza extraña,
 Toda de verde hierba entretrejida,
 Donde natura y arte en competencia
 Lo último pusieron de potencia.
 Aquí jamas nublado vello encubre
 Del siempre claro cielo el rostro hermoso;
 Aquí el tesoro de su luz descubre
 Con nuevo resplandor el sol lustroso;
 No se conoce aquí desnudo Octubre,
 Perpétuamente es Mayo deleitoso;
 Aquí el templado céfiro se anida
 Y á cuantos vienen á anidar convida.

En medio deste nuevo paraíso
 Un ancha huerta está en cuadro trazada
 De rojo y odorífero narciso
 Y blanco lirio á techos esmaltada;
 En torno todo está con tal aviso
 De la ninfa á quien Pan siguió cercada;
 Que puesto que á los piés haga reparo
 A los ojos permite entrar de claro.

Los árboles de hojas siempre llenos,
 De un blando y fresco viento meneados,
 El dulce murmurar de los amenos
 Arroyos, de cristales variados;
 Los ruiseñores por los verdes senos
 De los ramosos árboles sentados,
 Que siempre están cantando dulcemente:
 Ya hay nuevo paraíso en Occidente.

Está de verde hiedra y de hojosas
 Nueces á questa huerta entretrejida,
 Y por do pueden mil purpúreas rosas
 Parece que procuran la salida:
 En torno están portales de sabrosas
 Parras, que entre sí guardan tal medida,
 Que ninguna en distancia ni en altura
 Excede, y es perpétua su verdura.

Los dos calles largas por mitad la parten,

Las cuales en el centro en cruz partidas
 En cuadro, iguales partes le reparten,
 Conforme á las del cielo repartidas:
 De aquí jamas las blancas Driadas parten
 En el ameno albergue entretenidas;
 Este es del alma Vénus dulce nido,
 Por quien deja Amatunlo Cipro y Gnido.

En medio el centro está una clara fuente,
 La cual por caños agua derramando
 En un vaso de mármol, dulcemente
 Ojos está y oídos regalando;
 Desde aquí derramados blandamente
 Mil claros arroyuelos van bañando
 De mil deleitosísimos verjeles
 Los lirios, azucenas y claveles.

Aquí gran copia hay de aquella planta
 En que dicen fué Daphne convertida,
 Cuando en Thesalia con ligera planta
 Huyó de Apolo con furor seguida,
 De su dureza y su protervia tanta
 Está, aunque en vano, tan arrepentida,
 Que cuantos allí van deja tocarse
 Y de sus verdes ramas despojarse.

Gran suma de naranjos y cipreses
 Por el almo terreno están sembrados,
 De hoja y flor en los helados meses
 Como en el fin de fresco Abril cargado:
 Y son tan comedidos y corteses,
 Que á los verjeles á sus piés plantados
 Ni á los mansos arroyos que los riegan,
 Del sol los claros rayos jamas niegan.

Pomona allí, con mano delicada
 Lo natural con arte aderezando,
 Está en la planta á Vénus dedicada,
 Siempre várias figuras estampando,
 Cuál de ave, cuál de fiera denodada,
 De tal manera al vivo remedando,
 Que habrá quien á las aves red tendiese
 Y de las fieras quien temor hubiese.

Callen los que las huertas cultivadas
 De las ricas hermanas encarecen,
 Do las manzanas del dragon guardadas
 En los dorados ramos resplandecen,
 Que con lo ménos desta comparadas
 Tanto en valor se abaten y descrecen,
 Cual con lo natural lo artificioado
 Descrece, ó con lo vivo lo pintado.

Calle de hoy más la reina belicosa
 Sus pensiles jardines tan nombrados,
 Alcino rey de la region dichosa
 Sus huertos sobre todos celebrados,
 Y los de Adónis á la Cipria diosa

Por memoria del caso dedicados;
 Que cuanto escrito está de otras trescuras
 Deste octavo milagro son figuras.

Si pudo acá en el bajo mundo darse
 Retrato alguno de la empírea esfera,
 Este es do siempre sin jamas mudarse
 Se ríe blanda y dulce primavera,
 De un tal lugar podrá imaginarse
 No sin razon quel prado Elisio era
 A donde la deidad antiguamente
 Vestía de gloria á la beata gente.

Deste jardín felice al diestro lado
 Del río Tajo un brazo va lavando,
 Que con un paso lento y sosegado
 Los ojos de quien mira va engañando,
 De mil sombrosos salces coronado,
 Que las ramas al medio van juntando,
 Y el agua entre la sombra entretenida
 Parece que se olvida su corrida.

Una pequeña y muy labrada fuente
 De la huerta á la casa tiene entrada,
 No tanto en edificios preminente
 Cuanto por larga antigüedad nombrada;
 Y porque ha dado y da continuamente
 A los invictos Césares posada
 Cuando truecan la vida ciudadana
 Por el casto ejercicio de Diana.

Desta célebre casa el fundamento
 Con el vecino Tajo así avecina,
 Que puede bien desde un bajo aposento
 Tocar la mano al agua cristalina,
 La roja arena en el profundo asiento
 Cualquier que atento mira determina,
 Y los peces debajo estar nadando
 Y andar unos con otros travesando.

De dos soberbias puertas la grandeza,
 Que la una á Thile, la otra á Thlante mira,
 Del antiguo edificio la extrañeza,
 Que con lo ménos admirable admira
 De las doradas salas la riqueza
 Que por fuerza la vista roba y tira,
 La labor peregrina y artificio
 Muestran bien ser de rey el edificio.

Saliendo por las puertas de Occidente,
 De fresca hierba y álamos se ofrece
 Una ancha calle, así ordenadamente
 Puestos, que hecha por nivel, parece
 Ninguno es más quel otro preminente;
 Cada uno por igual del otro crece;
 Á quien la mira cansa su largura,
 Mas descansa quien anda su frescura.
 Á la siniestra y á la diestra mano

(1) El Libro de la Montería, de D. Alfonso XI, publicado en 1582, lleva al final del discurso de Argote de Molina la presente poesía, que terminaremos en el número inmediato.

Por espacioso trecho está tendido
Un fresco verde y deleitoso llano
Del árbol de Minerva enriquecido;
No puede aquí el ardor de Julio insano
Llevar del prado siempre florecido
La verde hierba y olorosas flores,
Por más que estío esfuerce sus calores.
En torno van fresquísimos collados
En sus faldas el llano recibiendo,
Que con mediana altura levantados,
Lo están de todas partes defendiendo,
De mil diversas flores esmaltados,
De quien va el dulce céfiro cogiendo
Un blando y suave olor, con que hace ufano
Todo el felice reino toledano.

Quien contase los corzos y venados
Quel bosque en todas partes aposenta,
Las liebres y conejos que en los prados
La verde hiedra esconde y representa,
De la diversidad de los pescados
Que tiene el ancho mar podrá dar cuenta,
Podrá contar los ojos con quel cielo
En la más clara noche mira el suelo.

De la otra parte el Septentrion collado
Baña del Tajo la caudal corriente,
Y va en tan ancho espacio derramado,
Que en muchas partes paso á pié consiente;
En la interior ribera está plantado
Un bosque tal, que desde allí á su fuente,
Ni hasta el Océano lusitano
No se halla en otra parte más ufano.

Tiene árboles de especie diferentes,
Parte plantados, parte allí nacidos,
Parte en el cristalino río pendientes,
Y parte por el llano repartidos;
Del pié á la cima están de diligentes
Hiedras de tal manera revestidos,
Que al sol subido en medio el alto cielo,
Ver no le dejan el florido suelo.

Allí están muchos álamos sombreros,
De quien pudiera Alcides coronarse,
Gran copia de laureles tan hermosos,
Que en ellos podría Febo transformarse;
Los salces, los cipreses, los ramosos
Fresnos, apenas dejarán contarse;
Las parras van los álamos trepando,
Y á las secuaces hiedras provocando.

El fresco suelo está de varias flores,
Blancas, rojas, azules, esmaltado,
Que aspiran mil suavísimos olores,
Y ofrecen dulce asiento y blando estado.
Nunca paño turqués con mil colores
De artífice industrioso variado,
Por más que en él su ingenio levántase,
Se vió que tal belleza la igualase.

Están de un blando céfiro sopladros
Los ramos; dulcemente murmurando
Las aves con acentos delicados;
El aire cerca y léjos regalando
Mil claros arroyuelos variados
De arena y oro se andan encontrando,
Y varias pedrezuelas revolviendo,
Los ojos y el oído entreteniendo.

Del bello bosque y de la huerta amena
La fama y de la casa peregrina
Del ártico al antártico resuena,
Y hasta á donde el rostro el sol inclina;
De gente está la estancia siempre llena,
Que de apartada parte y de vecina,
Cuál de oscuro linaje, cuál de claro,
Á ver concurren el milagro raro.

Aquí concurren todos los pastores
Por la vecina tierra derramados,
Mientras del alto cielo los ardores
Vedan el pasto tierno á los ganados;
Dellos cuentan á veces sus amores
Sobre la verde hiedra reclinados;
Otros, mil juegos rústicos probando,
Están las largas horas engañando.

Las bellas ninfas del lugar dichoso
Están de tal manera enamoradas,
Que dejan por el bosque deleitoso
Muchos y largos ratos sus moradas;
Las náyades olvidan el reposo
De las amenas fuentes, y mezcladas
Andan en dulces corcos con las driadas
Orcadas, napeas y amadriadas.

Entre otros muchos días que vinieron,
Y por el bosque y huerto se holgaron,
Un día señalado concurren,
Que por solene fiesta celebraron;
De varias flores multitud cogieron,
Y sus rubias cabezas coronaron;
Y al claro Tajo á paso largo llegan,
Y que sus ninfas les envíe le ruegan.
No esperó ser gran pieza importunado,

Y así manda que luégo salgan fuera,
Y ellas con bracear apresurado
Cortando el agua toman la ribera;
Y habiéndose unas á otras abrazado,
Cada una se juntó á su compañera,
Y juntas hácia el bosque enderezaron,
Y á pocos pasos dados dentro entraron.

Con nueva risa descubrió aquel día
La bellísima aurora el rostro de oro;
Con luz más clara el mundo enriquecía
Del claro sol el inmortal tesoro;
Las claras aguas con dulce armonía,
Y con más dulce són y más sonoro,
Se van por las guijuelas despeñando,
El gusto y los oídos despertando.

Con modo desusado se alegraba
Por todas partes el terreno cielo;
Con nuevo aliento céfiro soplabá
Y daba sér al esmaltado suelo;
Con más dulce garganta resonaba
La casta Filomena, el viejo duelo;
Los árboles con nueva melodía
Sonaban con el viento que venía.

Las ninfas, por las hierbas olorosas,
Acá y allá los vagos piés moviendo,
De azules lirios y purpúreas rosas
Pechos y senos iban componiendo;
Y en dulce són canciones amorosas
Cantando iban, y á veces respondiendo
Las aves, la armonía un rato oían,
Y luégo al natural la repetían.

La cierta causa de la nueva gloria,
Que así el cielo y la tierra enriquecía,
Era que en aquel día hacían memoria
En que nacido Silvia bella había;
Estaban informadas de la historia,
Como de cosa que en el mismo día
Y en el mismo lugar había pasado,
Do presentes á todo habían estado.

Era día en que el sol, ya despedido
De los dos hijos de la hermosa Leda,
Por el vecino carro había subido
Á lo más alto de la oblicua rueda;
Á la hora que dejando el rojo nido
La aurora, á las estrellas su luz veda,
Cuando fué allí la fiesta dedicada,
Y en aquel día cada año celebrada.

Mientras el nuevo sol lo permitía,
Toda la huerta y bosque pasearon,
Y en mil corcos y danzas á porfía
Las unas y las otras se cansaron;
Mas viendo al sol que á más andar subía,
Todas juntas al bosque enderezaron,
Y en la más fresca sombra se metieron,
Y varias recreaciones compusieron.

Algunas á la música inclinadas,
Y en ella desde niñas instruidas,
Mil canciones con voces acordadas
Cantaban, para aquel día aprendidas;
Y otras de los coturnos despojadas,
Por los claros arroyos repartidas,
Las menudas arenas apurando
Andaban, el feliz metal sacando.

GOMEZ DE TAPIA GRANADINO.

LA VUELTA DEL CAZADOR.

(Véase la lámina de la página 213.)

Lo primero que se ocurre al fijarse en el conjunto, la composición y los primorosos detalles del notabilísimo cuadro de Noot que hoy reproducimos por medio del grabado en las páginas de LA ILUSTRACION VENATORIA, es lanzar la exclamación que el más fecundo de nuestros poetas dramáticos modernos pone en boca del personaje de una de sus obras:

Hay momentos ¡vive Dios!
En que asesina el placer.

Y uno de esos momentos es el que el arte ha reproducido sobre el lienzo con un realismo que no excluye la encantadora poesía, que se revela hasta en los accesorios más insignificantes.

Un opulento cazador, que, á juzgar por el traje que luce, por las armas que usa y por la hechura de los muebles que decoran su estancia, debió vivir en las postimerías del siglo XVIII, en aquella época, tan fastuosa como galante, que terminó su reinado entre las sangrientas agitaciones de la fiebre revolucionaria, ha pasado el día entregado á los deportes venatorios, y abundante ha sido la caza en verdad y certeros los tiros de su esco-

peta, porque así lo indica esa hermosa liebre que se apoya en la mesa con la rigidez propia de la muerte, ese *colvert* que enrojece tal vez el pavimento con sus heridas, esa porción de aves que demuestran con su presencia el paso del otoño, y, por consiguiente, la proximidad de los frios del invierno.

El perro favorito del cazador, cuya negra y arrogante cabeza se perfila sobre la blancura del mantel que le sirve de fondo, guarda el botín con su fidelidad acostumbrada, haciendo casi un escudo de su cuerpo para preservarlo de los posibles ataques de una perrilla inglesa de largo y sedoso pelo, que, atemorizada por la actitud fiera del guardian, se refugia de mala gana bajo el asiento de una silla.

— ¡Pues no faltaba más, parece que le dice el noble animal, afeminada é insignificante criatura, sino que pases el día entregada al ocio y á los regalos caseros, mientras yo me expongo á los peligros y á las fatigas de la batida en el monte ó en el llano, para venir luégo con tus patas perfumadas y tu hocico horroroso y feo á hacer cosquillas á estos animales, y á recrearte con la vista y el olor de presas que yo he cogido! Véte á dormir y déjame en paz, si no quieres que de un mordisco te arranque esos espantamoscas que te caen por la cabeza.

Todo esto y mucho más lee la perrilla en los ojos de su camarada, porque no se atreve á quitarle la vista de encima, no sea que los proyectos pasen de repente á la esfera de las realidades.

La armonía que reina entre esos individuos de la raza canina no es de las más recomendables, y le sirve de contraste la que trata de establecer el cazador satisfecho con la jóven esbelta que le sirve.

La comida toca á su fin; la suculencia de los manjares, el café y los vinos generosos han despertado en el apuesto doncel los instintos del amor y de la galantería, porque llevándose la mano al pecho, contempla á la jóven de esa manera especial cargada de deleitosas promesas, que con tanta elocuencia describe siempre el mudo lenguaje de los ojos.

La fisonomía grave y dura de aquella no es la más á propósito para alentar esperanzas, ni aún para encender pasiones, á no ser por la forma y morbidez de su seno, medio oculto en la guarnición de encajes de su corpiño, y que dejan adivinar tesoros de juventud, de encanto y de hermosura.

La idea filosófica de que nada hay completo ni perfecto en la mísera tierra está perfectamente representada por el adusto semblante y la actitud de la mujer que describimos. ¿Qué falta, en efecto, al cazador para coronar su dicha? Es jóven y le sonríe la opulencia y la fortuna. Tiene un aparador esculpido y lleno de riquísima vajilla; una mesa delante de sí servida con profusión, donde no falta ni el ramillete de flores, el más poético de los adornos con que Dios ha querido coronar la obra sublime de la naturaleza; la escopeta preciosamente incrustada; la trompa y el cinturón de caza, revueltos en artístico desórden, demuestran el lujo y el buen gusto de su dueño, que usa y aún abusa un poco de la vida, teniendo en cuenta lo efímero de ella y las máximas célebres de Epicuro.

¿Qué es lo que le falta, pues, en el instante que alza la copa de cristal de Bohemia medio llena con el néctar de la alegría?

Una mirada que llene esa otra copa de su deseo, mirada que no sabemos si obtendrá más tarde, porque nuestras investigaciones se detienen en los límites que sirven de marco á la escena que el grabado representa, iluminada por la luz del día, y los cazadores furtivos eligen para remate de sus empresas las sombras y las oscuridades de la noche.

Mucho más de un siglo ha pasado ya, por la época que pinta el cuadro, y, sin embargo, las costumbres no se han modificado gran cosa. Las formas ó los accidentes exteriores pueden diferir esencialmente; pero el fondo es siempre el mismo, porque el amor y las pasiones son leyes inmutables de la naturaleza humana.

El pasado no nos instruye, y el presente en esta materia no ejerce ninguna influencia sobre el porvenir.

F. C.

MEDALLA

DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878
CON QUE HA SIDO PREMIADA «LA ILUSTRACION VENATORIA».

(Véase la lámina de la página 216.)

Recordarán nuestros lectores el banquete con que obsequiamos á los redactores y operarios de nuestro periódico en los últimos días del año pasado, en celebracion de haber sido premiada LA ILUSTRACION VENATORIA con la medalla de bronce en la Exposicion Universal de París de 1878.

El grabado que publicamos en la última plana de este número representa la medalla con que fué premiado nuestro periódico. La obra original es debida al hábil artista M. Chaplain, cuyo modelo es igual para todos los premios concedidos en aquel gran certámen universal, á que concurren en competencia todos los productos de la civilizacion moderna. La composicion de la medalla es una obra eminentemente clásica, feliz imitacion del arte antiguo. En el anverso se ve el busto de la República con la leyenda *Republique Française*, y en el reverso está representada la Fama en actitud de recorrer el mundo proclamando el nombre del expositor premiado, con la inscripcion *Exposition Universelle Internationale de 1878. París*.

Cuando emprendimos la publicacion de LA ILUSTRACION VENATORIA, aunque no perdonamos medio alguno para llegar al máximo de lo posible, no sospechamos siquiera que nuestro periódico llegaria á merecer los elogios de toda la prensa española, y mucho ménos el premio en competencia con todas las publicaciones extranjeras de su misma clase.

El éxito, pues, ha excedido á nuestras esperanzas. Sea en buen hora, si con ello se ha hecho digna LA ILUSTRACION VENATORIA de la cariñosa acogida que le han dispensado sus constantes favorecedores en España, en los demas países de Europa y en América.

Con este motivo damos por muy bien empleados todos nuestros trabajos, que por otra parte son el más dulce deleite con que podemos ocupar nuestros ocios políticos.

A. T.

EL PERRO EN DIAS DE CAZA.

¡Qué agradable es á los cazadores hablar del perro, de ese modesto compañero que tanto contribuye á la satisfaccion de nuestros goces venatorios, y que, semejante al oscuro soldado de fila, se contenta, como único galardón, con la conciencia de haberse batido exponiendo la vida en estricto cumplimiento de su deber.

Trátese de un perro antiguo en nuestra compañía, ó bien de otro adquirido recientemente, estamos seguros de que es objeto ya de predileccion y de cariño, porque es imposible considerar al perro pura y simplemente como un animal irracional, calificacion tan triste como injusta, y que supone la ausencia de toda bondad y de todo afecto hácia un sér que puede y debe apellidarse el mejor amigo del hombre.

Lo más natural, al ser invitados á una partida de caza, es que se halle el cazadero á gran distancia, y áun á algunas leguas del punto en que residimos, y por consiguiente, no hay más arbitrio que ir en carruaje al sitio de reunion prefijado de antemano. En tal caso el perro ha de ir siempre junto á su amo, que le llevará consigo y acomodado á sus pies. Lo que el individuo pierde en holgura lo gana el pobre animal ahorrándose el cansancio de ir andando por un camino cuya longitud triplica el sistema especial de marcha que distingue á todos los de su especie.

Y no dejará el perro, por cierto, de manifestarnos su gratitud, porque es imposible que haya un sér más reconocido á los halagos que recibe, ni que ménos olvide la mano que le dispensa algun beneficio. En la primera bajada del coche, si por casualidad volvemos á subir sin hacerle caso, se acercará al estribo con la lengua defuera, y meneando la cola, parece que nos dice con aquella mirada llena de inteligencia y de cariño:

—¿No hay un ladito ahí donde yo pueda acomodarme?

Si no se accede á su peticion ni se le dirige una palabra, irá lleno de resignacion á colocarse entre las dos

ruedas traseras del carruaje, con el rabo entre piernas, como se dice vulgarmente, resignándose sin murmurar contra su mala fortuna; pero una vez en el monte llegará rendido de calor, aterido de frio, ó medio muerto de cansancio, sin prestarnos el auxilio que tendríamos derecho á esperar, de haber hecho el viaje en otras condiciones.

Si el cazador va á caballo al punto de cita, debe enviar allí al perro el día ántes, y así tendrá toda la noche el animal para reponerse de la fatiga; pero es preciso estar muy seguro de que han de cuidarle bien, pues de lo contrario, el remedio sería peor mil veces que la enfermedad.

Lo primero que hacen al acercarse unos á otros los perros que no se conocen es mirarse con desconfianza, con las orejas levantadas, la cola tiesa y el pelo del lomo crispado, enseñando de vez en cuando las blancas hileras de sus formidables dientes. Es preciso evitar esta manera de entrar en relaciones, porque las reyertas y los mordiscos son inminentes. Si nuestro perro los recibe, nada tiene el suceso de agradable, y punto ménos sucede si el mordido es de algun amigo ó compañero de expedicion. Al llegar, pues, al cazadero, conviene tener al perro sujeto con una cuerda, hasta que, terminados los saludos y apretones de manos, se dirija cada cazador al sitio que se le destina.

Si la batida empieza sobre la marcha, ha de darse al perro de beber y poco de comer, guardando la sopa y el mayor regalo para despues de concluida la jornada.

Cuando el perro es jóven, ardiente, corredor y aficionado á alborotar mucho, conviene llevar en el saco un ligero latiguillo; pero ha de castigársele en el momento mismo que cometa la falta, y en flagrante delito de desobediencia, porque si pasa algun tiempo, no sabe la causa de aquella correccion, se subleva, se hace medroso, no busca como acostumbraba ántes, y se convierte en uno de esos animales que son un estorbo y que no sirven más que para gruñir y hacer perder á un santo la paciencia. Si por acaso se nos sube la pimienta á las narices, segun la locucion vulgar, no debemos jamas dar de puntapiés á los perros. El zapato de caza está muy léjos de ser un escarpin ni un calzado de baile, corriéndose el riesgo de romper una costilla al pobre animal, ó producirle una enfermedad que le cause la muerte. El hacerlo así es una verdadera barbarie, y se han dado casos de ver morir á perros excelentes, víctimas de un minuto de acaloramiento del amo.

El látigo ó alguna vara delgada de mimbre son los únicos instrumentos de castigo que deben usarse. Y áun á esto es preferible la voz inteligente y cariñosa del amo.

Sucede varias veces que al atravesar sotos y matorrales se clavan los animales alguna espina, que por lo comun se arrancan ellos mismos con los dientes; pero si ha ido á alojarse entre los dedos y el perro cojea, lamiéndose la parte en que el dolor le mortifica, es preciso que le auxilie la mano del hombre, extrayéndole el cuerpo extraño con unas pinzas de bolsillo, ántes de que sobrevenga la inflamacion y el accidente adquiera enojosas proporciones.

Si al saltar una pared ó al correr en un terreno seco y pedregoso se hiera el perro junto á una uña, baños parciales con agua fria y reposo absoluto son los medios más eficaces de curacion.

Hay comarcas en donde las aguas contienen una cantidad enorme de sanguiucleras, que los animales se trágan cuando van á beber. Esto es poco peligroso, pero no por ello debe descuidarse el tratamiento. La anélida se queda generalmente bajo la lengua, en las encías ó en el paladar, notándose su presencia en que el perro á cada instante se frota el hocico con la pata ó contra el tronco de los árboles. Entónces se abre la boca al animal, y una vez descubierta la sanguiuclera, que crece y engorda rápidamente, se la espolvorea con sal molida ó tabaco rapé, y al instante se desprende del sitio en que habia agarrado. La picadura de la sanguiuclera sangrará un poco, pero si el perro bebe agua fresca con frecuencia se cicatrizará, porque el agua, como nadie ignora, es un excelente hemostático.

La comida que ha de darse al perro cuando vuelva de caza no ha de estar caliente, sino fria, ó tibia cuando más, sin que contenga ni el hueso más insignificante, porque el perro que tiene hambre traga más bien que masca lo que le dan, y corre grave peligro de atragantarse. Esto no

quiere decir que se le prive de roer huesos, que es una de sus ocupaciones favoritas; pero despues de saciar el apetito, cuidando de no darle con ningun motivo huesos de aves tiernas, que se dividen en esquiras agudas como agujas de coser y que pueden perforarle los intestinos.

Por la mañana, ántes de empezar á cazar, basta un pedazo de pan seco, si es que lo apetece, sin obligarle jamas á que coma cuando no tenga gana.

Perro con estómago vacío caza mucho mejor que llevándole repleto.

C. T.

CAZA DE GALLOS SILVESTRES.

El gallo silvestre de cola ahorquillada, llamado comunemente en las comarcas de Navarra *pavo real silvestre*, es de todos los animales de pluma uno de los más hermosos y notables, y de carne más exquisita, bajo el punto de vista gastronómico. Iguálase en tamaño al gallo doméstico, con el cual no tiene casi ninguna semejanza de forma, pareciéndosele mucho en la lubricidad de sus instintos. Abunda en las montañas cubiertas de pinos, de abetos y de hayas en Valcárlos y en el valle del Roncal, fronterizos de Francia uno y otro. Este es el *Coq de Bruyère* de los franceses.

La caza del gallo silvestre se hace dos veces al año en las provincias vasco-navarras: en otoño la primera, y al comenzar la primavera, la segunda. Los cazadores de Pamplona, de Tafalla y de Olite gustan más de la de Octubre y Noviembre, porque ofrece á la verdad muchos atractivos. El ave en esta época del año ha llegado á su mayor desarrollo; la carne está excelente, y es más fácil la busca del animal, que se encuentra sin gran trabajo. Los montañeses del Roncal y de Valcárlos prefieren la caza en primavera, mémos exenta de fatiga, aunque la carne del gallo no sea tan suculenta en la estacion referida.

Ambas, sin embargo, no dejan de ofrecer un interes particular que no se encuentra en las batidas por el llano.

Hácia los primeros días de Octubre, grupos de cazadores, compuestos de ocho ó diez individuos, sin más armas ni enseres que una escopeta de dos cañones, municiones y unos morrales enormes, salen de los valles del Arga y de Aragon, dirigiéndose al del Roncal, al pié de las montañas de Isaba, cubiertas de bosques inmensos. El pintoresco pueblecillo de Isaba es el punto de cita fijo donde habitualmente se reunen los expedicionarios.

Apénas principia el día á iluminar las crestas de las alturas, escalan los cazadores aquellas pendientes abruptas para tomar puestos en el centro de los mismos bosques donde habitan los gallos. Digamos á este propósito que en dicha época del año eligen las aves para su residencia los sitios más altos de la montaña, de los que no se separan nunca. En la primavera es cuando bajan de las alturas para alojarse en el valle. Cuando se posan en las ramas de los árboles más corpulentos, lo primero que hacen los cazadores es tratar de descubrirlos entre la espesura y aproximarse y tirarlos despues. En esto consiste la habilidad del cazador de gallos.

Con este objeto se dividen los grupos de hombres de manera que ocupen diferentes puestos de trecho en trecho, desde la cima de la montaña hasta el pié, á fin de cortar á las aves la retirada, quitándoles las probabilidades de poder huir. Designados y guarnecidos los puestos, ojean tres ó cuatro cazadores el interior del bosque, haciendo varios disparos para asustar á los gallos, que al oír aquel ruido insólito ó desusado, abandonan con pesado vuelo los árboles en que estaban para refugiarse en otros, yendo desde lo alto hasta el pié de la montaña. Al efectuar así sucesivamente la retirada es cuando los cazadores apostados los apuntan y los matan al paso. Durante el día no se oye más que una detonacion continua repercutida por los ecos sonoros de la montaña.

Lo más difícil en este género, de cacería es desalojar á los gallos del interior de las ramas donde se esconden. Pero como los árboles en otoño están desprovistos de hojas, es más fácil cazarlos entónces que en verano, por cuya causa no se les persigue con tanta frecuencia en el período de los calores. Es raro que un grupo de ocho ó diez hombres no mate quince gallos en un día, lo cual

depende en gran parte de lo favorable ó desfavorable del tiempo. La caza es más fructuosa en los días sombríos y de niebla que en los claros y despejados, porque estos últimos permiten á las aves evitar con comodidad las asechanzas de sus enemigos. Las cacerías de otoño son muy animadas en las montañas de Navarra.

En los días primeros del mes de Abril, los gallos silvestres que han abandonado las cimas de las montañas bajan al fondo de los valles para consagrarse á la reproducción de la especie. Eligen como retirada una roca, una colina, ó cualquiera otra altura en medio de espinos y jarales, y desde aquella eminencia entonan sus lúbricos cantos, á los que acuden las hembras rastreando bajo la hierba.

Mientras se ocupan por completo de sus amores, comienzan los montañeses la caza de primavera, tanto más fácil, cuanto que ni los machos ni las hembras, absorbidos en el placer, no se cuidan de evitar el peligro. Así es que las víctimas son numerosas. Digamos, haciendo justicia á los cazadores del Roncal, que por no perjudicar la propagación de las aves, respetan á los gallos jóvenes y no tiran más que á los viejos, cuya impotencia es más bien dañosa que útil á la procreación. Los conocen por ciertas plumas blancas que tienen al rededor del moño. Hagamos constar al mismo tiempo que la carne de un gallo muerto en primavera no es tan buena como en otoño, lo cual explica el que los verdaderos aficionados no los tiren más que en Octubre ó Noviembre, y el que se vendan raramente en los mercados, donde se estima mucho el gallo silvestre muerto en otoño ó en invierno.

H. CASTILLON (d'Aspet).
(París.)

EL ALCE.

El alce pertenece á la familia *cervina* y es el mayor representante de ella. Es del tamaño de un caballo grande; habita en los bosques de la parte más oriental de Europa y del occidente de Asia, desde el Caspio hasta el mar Ártico: también se le encuentra, aunque con ménos frecuencia, en los bosques de Finlandia, Kurlandia, en Polonia y en la Prusia oriental. Hasta mediados del siglo pasado era muy frecuente en la Europa central. También se encuentra hoy en el norte de América; en el Canadá es tan común, que su piel se vende á bajo precio y constituye uno de los artículos de gran exportación.

El alce adorna su cabeza con una cuerna corta en forma de pala, pero no tan bella y áirosa como la del gamo; es más tendida hácia los costados y se inclina al suelo; carece de *rosetas*, *garcetas* y *candiles*; son muy anchas y en forma de palma de mano, bordeada de pequeñas puntas que la festonean.

Esta cuerna se desarrolla en la forma siguiente: á los pocos meses de haber nacido el alce, le despunta por unos pequeños pitones que en el mes de Setiembre tienen una pulgada de longitud. Por la primavera del siguiente año tienen de siete á ocho pulgadas. Tanto ésta como las cuernas sucesivas van forradas con una *basta* ó *borra* de color pardo muy oscuro, que está adherida al cuerno, hasta que por Setiembre éste está duro y festoneado de puntas; para entonces es cuando las *monda* frotándose en los árboles jóvenes.

A fines de Abril ó primeros días de Mayo del siguiente año desmoga y vuelve á adornar su cabeza con dos *borquillas*, que en Agosto se han endurecido lo suficiente para ser *mondadas*. Por la forma de sus cuernas, éstos se llaman también *estaqueros* y *borquilleros* como el ciervo de igual cuerna.

En el cuarto año se le reproducen las *borquillas*, pero más gruesas, ó bien arroja tres puntas en cada cuerno, cortas, aplastadas y romas, que *monda* hácia el mes de Agosto.

Al quinto año *desmoga* en Marzo, y la cuerna toma la forma de pala, y á primeros de Agosto la *monda*.

Al sexto año *desmoga* por Febrero y la *monda* en Julio, y cuando son viejos *desmogan* generalmente en fin de Diciembre ó primeros de Enero: la formación de la cuerna de estos *alces* dura hasta Junio, en que hacen la *monda*. Algunas pesan de 30 á 40 libras.

La cuerna recién *mondada* de los *alces* jóvenes es de

color castaño claro y va oscureciendo á medida que se hacen más viejos.

El macho se distingue de la hembra, además de la cuerna, en una mamella que le crece debajo de la garganta, que al tercer año de su vida le aparece y va creciendo hasta alcanzar una longitud de siete á ocho pulgadas, cubierta con pelos fuertes de seis pulgadas de longitud.

En el alce los *cornúculos* son más cortos y anchos, los *talones* más gruesos, y los *garrones* más separados hácia fuera que en las hembras.

Las señales para distinguir al macho de la hembra por la *buella*, son las mismas que en el ciervo.

El peso ordinario de estas reses varía entre 600 y 650 libras en los machos viejos, cuando por Julio y Agosto están cargados de *sain*. Las hembras buenas pesan por Setiembre de 500 á 550 libras. Un *estaquero* llega á 400 libras por el mes de Agosto.

La cabeza del alce tiene mucha semejanza con la de la mula; su cuello es desproporcionadamente corto, las patas ó *remos* más gruesas que las del ciervo, y la forma de su cuerpo más pesada que la de éste, por cuya razón no es tan veloz en la carrera, pero trotando no tiene rival; por lo que respecta á resistencia, puede muy bien hacer más de cincuenta leguas de un tirón. Nada como ningún cuadrúpedo, pues es de los pocos que se meten en el agua por placer.

La *muda* de primavera se verifica en Abril hasta fin de Junio, según el clima, y la *muda* de otoño por Octubre. El pelo de verano es castaño oscuro en la caja del cuerpo, en los remos por la parte interior y hasta las rodillas, así como en las ancas y el vientre es ceniciento que tira á amarillento. En invierno es el pelo más largo y espeso.

De los sentidos del alce, el oído es el más fino; la vista es buena, pero el olfato no es tan superior: deja en la huella un rastro muy fuerte; no se espanta ni aun al tiro si no ha sido herido.

El alce herido ataca al hombre si se deja ver, así como á los perros, no sólo con los cuernos, sino también con las patas anteriores, con las cuales da golpes que á veces son mortales.

Cuando brama en el celo produce un sonido semejante al del gamo, pero más ronco.

El alce vive de diez y seis á diez y ocho años.

La *brama* empieza á fin de Agosto y dura hasta fin de Setiembre; se conduce en ella como el ciervo. La hembra va preñada durante cuarenta semanas, y pare un cervatillo ó dos de ambos sexos, y tan vivos, que apenas son lamidos por la madre, ya arrancan á correr y á saltar: su color es unítono pardo rojo. Siguen á la madre hasta la próxima *brama*.

Los *alces* se albergan en la parte más recóndita de los inmensos bosques que habitan. Desde Abril hasta Octubre se acogen en los terrenos más pantanosos, pero en invierno buscan terrenos más elevados y no expuestos á inundaciones, para así evitar los hielos.

Durante el buen tiempo se les encuentra en los bosques de especies amentáceas; en tiempo de lluvia, nieve y nieblas, generalmente en los pinares ó abetares más espesos.

Ninguna res cambia con tanta facilidad de estancia como el alce, si se le molesta ó se le acaba el alimento. Este consiste, según la estación, en yemas de los árboles, tallos y hojas de sauces, álamos, tilos, sorbos, carpes, abedules, arces, robles, fresnos, alerces, pinos y abetos. En invierno, de cortezas de árboles que sean blandas y cuya savia no sea amarga. También come toda clase de cereales: su alimento favorito es el *Caltha palustris*, el brezo y el *Ledum palustre*.

Su carne es preferida á la mejor carne de vaca.

En los países donde son abundantes, si hay mucha nieve, se corren á caballo hasta fatigarlos; pero generalmente se cazan á la espera ó á rececho. El cazador debe ser muy prudente con esta clase de reses, pues tan pronto como se sienten heridas, atacan al que tiene la desgracia de descubrirse. Por esta razón el cazador debe saber elegir el puesto en que vaya á hacer la espera, y procurar ocultarse detrás de un árbol, y sobre todo estar bajo el viento.

TORRE AYLLON.

LA CHOCHA DE CÁRLOS X.

De la *Cbasse Illustrée*, de París, tomamos el siguiente relato, curioso por más de un concepto:

Estamos en 1827.

Un hijo de un guarda de la Corona, llamado Bonin, se presentó un día con una carta de recomendación á monsieur Bourdon, conservador del bosque de Rambouillet, cuya habilidad y destreza como cazador fueron muy alabados por los escritores de aquella época.

En el primer momento de la entrevista, la impresión producida por el candidato á la plaza de su padre, que acababa de morir en el ejercicio de sus funciones, no fué de las más favorables; así es que Bonin fué acogido con el siguiente apóstrofe, inventado expresamente para desconcertar á otra persona que no fuera nuestro hombre:

— Eres muy joven para guarda.

Verdaderamente, la escasa estatura del pretendiente no parecía de las más á propósito para luchar contra los peligrosos y atrevidos cazadores furtivos, cuya audacia era la desesperación de los guardas y demás gendarmes de caza, como se llamaban en aquel tiempo, inspectores y subinspectores, y hasta el mismo enérgico M. Bourdon.

— Señor Conservador, contestó Bonin, las hachas pequeñas sirven para derribar las más grandes encinas.

Á esta respuesta en forma de sentencia, dicha en tono frío, el conservador levantó la cabeza y sonrió.

La aptitud del candidato, su mirada enérgica, penetrante como la hoja de un puñal, su seguridad respetuosa, produjeron un cambio favorable.

El Conservador comprendió que se encontraba en frente de un hombre, y Bonin fué admitido.

Dos meses después, en una ronda de noche en que iban catorce guardas y otros muchos gendarmes, tres dañadores fueron presos en el parque de Rambouillet. Por su parte Bonin cogió á dos, uno con cada mano.

Esta hazaña le hizo subir un escalón.

Su talento de observación, su conocimiento de las costumbres de la caza, su habilidad como tendedor de lazos, su increíble astucia, le hicieron al poco tiempo el oráculo de los guardas de Rambouillet. Poseía además otro mérito muy raro entre la mayor parte de los guardas: tenía gran afecto á los perros, y los que amaestraba no tenían precio.

Todas estas cualidades habían hecho de Bonin una persona notable. Cuando el Conservador hablaba de un buen tirador, citaba á Bonin; y si algún animal dañoso se burlaba de los lazos y de la escopeta de los guardas del bosque, se llamaba á Bonin para matarlo. En una palabra, en 1829 Bonin estaba al servicio exclusivo de la persona del Conservador, cada vez que éste, en ausencia del Conde de Girardin, primer montero del Rey, era llamado á dirigir las cacerías de S. M.

El antiguo secretario de la Montería Real, M. Eugenio Chapus, ha dejado escrito un libro en el que se relatan estas fiestas legendarias. Los que quieran formarse una idea de lo que eran las cacerías de Carlos X, encontrarán en esta relación una pintura tan viva y animada de ellas, que apenas los esplendores y el fausto de lo presente ha podido disminuir su encanto.

¿Dónde están esas cacerías? ¿Qué se han hecho los hombres que le dieron tanta grandeza y esplendor? ¿Qué se han hecho, repetimos, los cazadores de Marly, Saint-Germain, Compiègne, Versailles, Saint-Cloud, Vincennes?

¡Ay, no queda nada de todo aquello! El Rey, desterrado, ha muerto en un antiguo castillo de Escocia, en el que en sus paseos solitarios le seguían algunos pilluelos, gritando de vez en cuando al monarca destronado:

— ¡Rey, mirad un gorrión!.....

Ahora bien, en una mañana, á principios de Octubre de 1829, Carlos X cazaba en Rambouillet.

Las órdenes transmitidas por el primer montero habían sido ejecutadas con la puntualidad religiosa, á que todo el personal de las cacerías estaba acostumbrado hacía mucho tiempo.

Las reses, como era costumbre, habían sido acorraladas en el parque, en que debía efectuarse la tirada; y después de la llegada de S. M. y cumplidas las formalidades de costumbre, había empezado la caza al momento.

Es sabido por todos lo que eran esas fiestas, de las que



nada de lo que nos rodea puede dar una idea aproximada.

Las cacerías de Carlos X eran las más hermosas del mundo.

Aquel día el primer montero estaba en cama indispuerto. Monsieur Bourdon tenía la honra de dirigir la cacería.

Acompañado del conservador y seguido de su ayuda

de cámara, Carlos X caminaba por *la senda del Rey*; el Duque de Angulema y los convidados de S. M. se adelantaban paralelamente por otros caminos.

Los guardas ojeadores, los gendarmes de las cacerías,



LA VUELTA DEL CAZADOR.

muchas veces los soldados de la guarnición, diseminados entre los tiradores, levantaban la caza.

Aquello era un cuento de las *Mil y una noches*.

Los faisanes se agitaban formando círculos; las perdices arrancaban en tropel á bandadas; los corzos corrían y saltaban sin saber lo que se hacían; los conejos, sorprendidos fuera de sus madrigueras, hormigueaban por todas partes, mezclados y confundidos con las liebres.

—¡Perdiz al Rey! ¡Perdiz al Rey!

—¡Corzo! ¡Corzo á monseñor, al Rey!

Y los tiros de las escopetas menudeaban, y las víctimas cubrían el suelo.

Éstas eran verdaderas diversiones de príncipes.

Haría como unos veinte minutos que duraba la tirada, cuando entre una bandada de faisanes se levantó de pronto una modesta chocha.

—¡Chocha al Rey! ¡Chocha al Rey!

Los otros guardas que no habían visto la chocha, gritaban al mismo tiempo:

—¡Faisan al Rey! ¡Faisan al Rey!

Como podrá pensarse muy bien, Carlos X, en su calidad de cazador, no podía dejar de preferir una chocha. Pero en medio de la nube de faisanes que le rodeaba, no había podido ver la dama de largo pico, y ésta se había aprovechado de la ocasión para ganar terreno y esconderse á una razonable distancia.

— ¡Chocha al Rey! ¡Chocha al Rey! dijo algun tanto enfadado S. M. volviéndose al Conservador; ¿dónde está la chocha?

Interpelado directamente éste, que habia seguido al ave con los ojos, indicó un zarzal distante del sitio unos doscientos metros.

— ¡Una chocha en esta estacion! dijo Carlos X; señor Conservador, colocad bien vuestros hombres. Es preciso matarla.

La evolucion que habia mandado hacer el Rey derogaba de un modo grave las reglas acostumbradas en las tiradas, que siempre seguian una marcha prevista, sabiamente estudiada para la consecucion de un buen resultado: se sabía que Carlos X gustaba mucho de que se mataran muchas piezas.

Apénas estaba para terminar el mes de Setiembre; la estacion era apacible; las chochas no se habian presentado aún, y ésta tuvo la desgracia de despertar los deseos de S. M.

Sin embargo, los hombres escogidos por M. Bourdon se habian dirigido al punto indicado, y empezaban á rodear el zarzal que les habia designado el Conservador; el mismo Rey se habia encaminado al sitio, murmurando entre dientes:

— ¡Chocha al Rey! ¡Chocha al Rey! Vamos á visitar esta chocha.

Y miéntras se aproximaba, Carlos X examinaba cuidadosamente el rastrillo de su escopeta.

— Señor Conservador, dijo entonces Bonin al oido de Monsieur Bourdon, estais equivocado; la chocha no está en el zarzal que habeis indicado; ha dado una huida falsa, despues ha arrancado de nuevo, y la he visto desaparecer junto al álamo blanco que está en la orilla del bosquecillo.

El anciano montero dudó un momento, y su rostro manifestó una gran inquietud, porque tenía mucha confianza en el guarda. Á mayor abundamiento, en aquella época no se molestaba á un rey de Francia sin razon. Pero creyó estar seguro del hecho sin duda alguna, porque impuso silencio á Bonin, y el Rey continuó su camino.

Á poco llegaron al famoso zarzal, que no tenía más de unos 20 metros de extension, y se componia de algunos entecos cepellones entremezclados de helechos y escaramujos en medio del matorral.

Los guardas pasaron al otro lado; el Rey se quedó parado enfrente, pronto para hacer fuego.

Á los primeros golpes dados por los ojeadores se levantaron algunos faisanes.

— ¡Faisan al Rey! ¡Faisan al Rey!.....

¡Pero ni sombra de chocha!

— ¡Faisan al Rey! ¡Faisan al Rey! Veo perfectamente estas aves, dijo con sequedad Carlos X. Pero ¿y la chocha, señor Conservador?

Despues, sin proferir una palabra, volvió la espalda al Rey, dirigiéndose al sitio en donde se habia interrumpido la tirada.

Un marcado mal humor se dibujaba en las facciones de S. M., habitualmente llenas de una bondad que ha llegado á ser legendaria. Los reyes tienen sus decepciones como los simples mortales; Carlos X habia deseado matar una chocha, así se le habia prometido; con esta esperanza habia hecho que se infringiera la inmutable etiqueta, de la que no se apartaba jamas en ninguna de sus cacerías, y esta esperanza se habia disipado como el humo.

Á las últimas palabras del Rey, todos permanecieron clavados en el sitio que ocupaban.

El pobre M. Bourdon no sabía qué postura tomar.

— Señor Conservador, dijo entonces Bonin en voz baja, la chocha está allí. Y con el dedo indicaba el álamo blanco.

— ¿Qué sucede? preguntó el Rey, que por bajo que habia hablado el guarda, lo habia oido sin duda.

— Señor, contestó el Conservador despues de un momento de vacilacion, ruego á V. M. que me perdone por ser doblemente culpable. Se me habia advertido que habia hecho una huida falsa, y se habia refugiado en ese álamo blanco que V. M. puede ver á cien pasos de aquí. Debiera haber tenido más confianza en mi guarda.

Y como el Rey, despues de haber echado una mirada en la direccion indicada, pareciera dudar:

— Nunca me ha engañado este guarda, señor. Deberia haberlo recordado ántes. Si V. M. se digna perdonarme, déme la orden de reparar el error cometido.

Bonin estaba allí con su capote de campo en la mano, y no muy aturdido bajo las miradas aún irritadas del Rey.

— ¡Estás bien seguro de no engañarte?

— Señor, la chocha ha caido á diez metros del álamo blanco.

— Vamos, señor Conservador, dijo Carlos X, cuya bondad natural se habia conmovido al escuchar las palabras de sentimiento manifestadas por el hábil Conservador, al que habia confiado uno de los más hermosos bosques de su corona, y cuyos méritos habia tenido ocasion de apreciar en más de una ocasion.

Es sabido que en la época de su paso las chochas, cuando no han sido aún hostigadas, permanecen con frecuencia en el mismo sitio donde caen.

Así sucedió con esta chocha: no se habia movido.

El ojeo se hizo en un momento. Apénas se habia colocado S. M., cuando el ave arrancó ante uno de los guardas, dirigiéndose recta hácia Carlos X, que la derribó de un tiro de rey, su tiro de predileccion.

— ¡Chocha al Rey! ¡Chocha al Rey! dijo entonces S. M., parodiando en voz baja el grito de los ojeadores. ¡Señor Conservador, aquí tenéis la chocha!

Esta fué la única venganza del Rey cazador. El buen humor habia vuelto á sus mejillas. Se hizo traer á la víctima, y alisando con su mano el plumaje del ave:

— ¡Chocha al Rey! ¡Chocha al Rey! repetia muy bajito; ¡aseguro que es muy hermosa esta chocha!

Y en vez de hacerla llevar al furgon en que se amontonaban las víctimas ordinarias, Carlos X la confió á su ayuda de cámara, que, como ántes hemos dicho, se mantenía invariablemente á algunos pasos detras de su amo.

Diez veces, miéntras duró la tirada, el Rey volvió á coger el ave de manos del anciano servidor, complaciéndose en alisar el plumaje oscuro de la linda viajera, y repitiendo cada vez con sonrisa:

— ¡Chocha al Rey! Es muy hermosa, señor Conservador; se ve muy bien que no habia sufrido escaseces en su viaje; es la primera que mato este año.

¡Ay! quizás fué la última que mató el desgraciado Rey en tierra de Francia.

Cuando terminó la tirada; cuando, segun la costumbre, se presentó á S. M. la lista de las piezas muertas, en cuyo número figuraba esta única chocha, el Rey hizo señas para que se aproximara M. Bourdon.

— Señor Conservador, dijo, haréis dar cuatro luises de gratificacion á vuestro guarda.

Despues Carlos X subió á su coche y volvió á tomar el camino de la capital.

— ¿Has oido, Bonin? dijo entonces M. Bourdon.

— Si S. M. quiere hacer alguna cosa por mí, tiene otros medios que éste. Bonin no tiene necesidad de dinero.

Esta contestacion, un poco ruda, tuvo la fortuna de agradar al Conservador, que sabía perfectamente que no todos los guardas tienen ese soberbio desden por el dinero que profesaba su favorito.

Las cosas siguieron así por el momento; pero algun tiempo despues, teniendo otra vez la fortuna de llamar la atencion del Rey, Bonin fué nombrado *guarda de á caballo*. Éste era el término de su ambicion.

En la época que venimos hablando pertenecía á este guarda á caballo el honor de derribar las reses en las cacerías de venados, cuando éstos se acorralaban en los estanques. Entonces subia á una barca conducida por otros dos guardas, y allí, ante los ojos de los más ilustres señores, de pié en su esquife, en medio de los perros acosando al animal, esperaba el momento de enviar una bala á la víctima, miéntras las sonoras trompas celebraban por todas partes su fin glorioso.

Se concebirá muy bien cuán envidiado sería este puesto, y la impaciencia con que Bonin esperaba el efecto de la promesa Real, dada en el mes de Mayo de 1830.

Dos meses despues las tiradas y las monterías Reales no existian.

Otro recuerdo.

Á principios de este mismo año de 1830, en el mismo

Rambouillet, el Rey quiso dar á su nieto el espectáculo de una caza de liebres á la tela (1).

La casualidad quiso que la primera liebre viniera justamente á dar en la red de Bonin; y queriendo el príncipe acercarse para ver más cerca al animal, el protegido del conservador de Rambouillet, que tenía toda clase de caprichos, ideó el hacer andar á su encuentro sólo con las patas delanteras á la desgraciada liebre, miéntras que él la tenía por las patas traseras.

Este procedimiento de locomocion extraño no era del agrado, sin duda alguna, de la pobre bestia, porque ésta hacia esfuerzos desesperados para huir de las manos de su verdugo, y dando esos gritos desesperados, tan conocidos de todo cazador, tratando de desasirse con furor, defendiéndose con las uñas y los dientes, consiguió, por último, coger una de las polainas del guarda, que, sin duda, no se habian acabado de sacar de la tienda, y que salió de la lucha con un razonable agujero.

Carlos X, que habia seguido con su mirada bondadosa la batalla y visto el resultado, no pudo ménos de sonreirse al ver la fisonomía desconsolada de Bonin, que se habia quedado inmóvil, con la liebre en la mano, contemplando su polaina desgarrada.

Sin duda en este momento reconoció al guarda de la chocha.

— Amigo mio, le dijo, no te apures; esta noche te darán éstas.

Y con un bastoncito que tenía en la mano derecha, el Rey dió algunos golpecitos en sus propias polainas.

Aquella misma noche Bonin llevó á su casita las polainas de Carlos X.

— Éstas son las polainas del Rey, nos decia cincuenta años más tarde. El Conde de Chambord era muy jóven en aquel tiempo, añadió el guarda con emocion, pero quizás se acordaria, señores, si se lo refirieran.

Los sucesos que recuerdan á un hombre su infancia, cuando está desterrado de su país, no se borran nunca.

ERNEST BELLECROIX.

LA NIEBLA EN EL MAR.

Estamos en el mar, y dirigimos la palabra á los pescadores aficionados á internarse á lo largo en el hermoso y azulado elemento para echar las redes desde la barca y sacarla luégo á la orilla convertida en ancha prision, donde se revuelven millares de pescados de todos colores y tamaños, ansiosos de volver otra vez á sus cristalinas ondas.

Aunque ninguna señal atmosférica anuncie próximos cambios, no debe nunca el pescador confiar mucho en los caprichos veleidosos del tiempo. Supongamos que este es bonancible al zarpar de la orilla la lancha pescadora. La mar está tersa y brillante como la luna de un espejo veneciano: apénas se levantan algunas olas que no mueren irritadas ni espumosas en la playa, sino que acarician blandamente los fucos, las ovas y las algas, verde cabellera con que se adornan los peñascos desiguales de la costa: el cielo nos mira con la limpidez y la pureza de los ojos azules de una vírgen enamorada, y ninguna nube de aspecto sombrío empaña la transparencia del espacio. Pero allá en los límites del horizonte, y tan léjos como puede alcanzar la vista, parece que las aguas se unen al firmamento, dejando percibir á cortos intervalos una línea vaga, engañadora é indecisa. El sol, que es el que inspira al hombre alegría y cantos á los pájaros, aparece rojo y sangriento detras de aquella línea; su disco sin rayos, semeja que va á apagarse; pero por el contrario, aumenta en calor y en intensidad de luz á medida que sube en su aparente y majestuosa marcha.

Centenares de barcas pescadoras cruzan las aguas en todas direcciones, dejando atrás una huella argentada de su paso, huella que se borra ántes de que dejen de oirse las sacudidas de los remos. Al principio pueden contarse las barquillas y hasta los hombres que las tripulan; pero de repente desaparecen, sin darnos cuenta del fenómeno, embebidos como estamos en la faena de preparar las re-

(1) La tela era una plaza ó recinto formado con grandes redes para acorralar la caza y matarla con mayor seguridad.

des, viéndonos solos, aislados y sin más que una ligera sombra de la costa para indicarnos confusamente la distancia recorrida.

Todos los objetos se ocultan bajo una atmósfera blanquecina, como la que forma el humo producido por un incendio gigantesco.

Es la niebla, que apoyándose en la superficie del agua, se presenta como compañera de la pleamar. Algunas veces la preceden vapores tenues y transparentes como la gasa, y otras llega de improviso, interponiéndose de un golpe entre lo claro de la luz para producir la densidad de las tinieblas. La barca pescadora sorprendida por el tarol se encuentra tan solitaria y desamparada como una balsa de naufragos perdidos en la inmensidad del Océano: no se sabe hacia qué lado está la tierra: la voz humana en demanda de auxilio adquiere entonaciones insólitas, á las que responden únicamente los chillidos de las aves marinas, que vuelan despavoridas á través de aquella triste oscuridad.

Continuar navegando en tal caso sería una grave imprudencia, porque no sólo se exponen los pescadores á dar vueltas en un círculo vicioso, sin salir quizás de sus límites, sino á chocar con otra lancha y á ser pasados por ojo, tropezando con un buque de mayor porte.

Lo mejor, si no se ha podido tomar tierra ántes de la invasión, es amainar la vela, embarcar los remos, echar el rezon ó anclote de cuatro uñas para aferrarse bien, esperando con paciencia á que una ráfaga despeje la atmósfera, gritando de cinco en cinco minutos y golpeando las bordas con los toletes donde se atan los remos, á fin de evitar en lo posible un encuentro que no tendría nada de agradable.

Como la niebla viene con el flujo, y desaparece comunmente con el reflujó, desde el momento que la embarcación empieza á cabecear es señal que da principio la bajamar y que puede esperarse un cambio favorable que permita continuar la pesquería.

Sin embargo, y como la niebla puede persistir, no ya toda una marea, sino muchos días seguidos, es muy conveniente llevar á bordo una pequeña brújula de bolsillo, con ayuda de la cual, si no al punto preciso de embarque, puede llegarse á cualquiera otro de la costa, que es lo esencial para los que se hallan en medio del mar y envueltos en la casi opacidad de una fría y pesada noche.

La brújula es útil, tanto á los pescadores cuanto á los cazadores que recorren países montuosos que no les son familiares, dándoles á conocer la posición exacta ó aproximada que ocupan, y evitándoles tener que recurrir á los informes de campesinos ó de transeúntes, que no siempre contestan de buena fe.

Por si la navegación se prolonga más de lo que se pensaba en un principio, es conveniente surtir de provisiones abundantes, y no compuestas exclusivamente de carnes saladas, de salchichón ó sardinas, porque si á esta clase de alimentos se une el aire del mar y las oscilaciones que imprime al barco el oleaje, por ligero que sea, se sentirá primero una sed ardiente y luego los síntomas, las agonías y los horrores del mareo, «mal que el cielo en su furor inventó para castigar los crímenes de la tierra», como dijo el poeta.

Inútil nos parece describir aquí los *placeres* que aguardan á bordo de la lancha al pescador que tenga la mala fortuna de marearse. Más le valiera no haber nacido.

Esto no quiere decir que no pueda beber cuando la sed le acosa, pero debe hacerlo con suma moderación, embarcando un tonelillo de agua fresca, algunas botellas de vino y una de aguardiente ó de ron, bien acondicionadas en un cesto dividido en compartimientos para que no choquen entre sí á consecuencia de los golpes de mar, y nos encontremos con vidrios rotos en vez del sabroso líquido, lo cual es una sorpresa que pertenece al número de los chascos más pesados que pueden imaginarse.

Y hechas estas indicaciones, deseamos á los pescadores, á quienes atañen, un buen capote que los preserve de las húmedas brisas que despiden los dominios de Neptuno; una atmósfera limpia y despejada que les permita explorar el mar de sus hazañas piscatorias; un viento que empuje blanda y favorablemente la vela arriada en el palo del barco, y luego, como digno remate de la fiesta, una buena redada llena de blancos lenguados, de exquisitos

salmonetes, de diminutos boquerones, de sabrosos besugos ó de tiernas pescadillas con que poder compensar las fatigas de la expedición y los peligros arrostrados á través de las pérdidas ondas, y sometidos á los temibles caprichos del viento.

P. C.

AVICULTURA.

No somos partidarios ni aficionados á inventar palabras nuevas, pero nos sobran razones para escribir la que sirve de título al pequeño estudio que vamos á emprender hoy. Muchas personas, unas por gusto y otras por especulación, se dedican á criar aves, y tiempo es ya de dar nombre á una cosa que adquiere cada día mayores y más extensas proporciones. Este nombre nos ahorra largas perífrasis, estando en perfecta armonía con las palabras *apicultura*, *pisicultura*, y tantas otras como han invadido ya los dominios tecnológicos de las ciencias naturales.

Criar pájaros por afición es una de las distracciones que tiene más atractivos y la más á propósito para desarrollar sentimientos humanitarios en el corazón.

En cuanto á la profesión de *avicultor*, que tanto se hermana con las faenas agrícolas, dicho se está que puede dar al hombre tan pingües como fáciles rendimientos.

Los productos del corral entran por mucho en la alimentación del rico y en la del pobre, figurando por cantidades enormes en la cifra de las exportaciones. La caza, que también tiene gran importancia económica, es cada vez más escasa, y el medio único y eficaz de repoblar los campos consiste en la cría de las aves que se conocen, y en aclimatar las nuevas que proceden de otros continentes.

Las aves producen y se multiplican más en pajareras y corrales que en estado absoluto de libertad, puesto que hay perdices domésticas cuyas posturas llegan á sesenta huevos. Con cuarenta hembras de faisán y doce gallos de la misma especie se pueden sacar ochocientos pollos sin necesidad de cuidados muy prolijos.

De veinticinco años á esta parte se han introducido en Europa diversas castas de pájaros que viven en nuestros climas perfectamente, y que se reproducen con facilidad suma. El extremo Oriente nos ha dado numerosas variantes de faisanes; América, sus colines, ó sean las perdices del porvenir, sus tetras y algunos hermosos palmípedos, y Australia, sus papagayos y sus bellísimos cisnes negros. Algunas de estas aves sólo sirven y servirán aún mucho tiempo de ornamento en las pajareras y parques aristocráticos; pero otras se han vulgarizado tanto, que ya se venden á bajo precio en los mercados.

Bajo cualquier punto de vista que se considere el asunto, el avicultor que quiera dedicarse con fe á esta lucrativa ocupación tiene allanada la mayor parte del camino. Pero si no ha de experimentar crueles desengaños, es preciso que piense con preferencia en alojar convenientemente á sus interesantes y alados huéspedes. Los pájaros puestos en malas condiciones carecen de ardor y alegría; lo poco que producen es raquítico, y el aficionado se desespera por contratiempos de que él solo es responsable.

Al construir una pajarera han de evitarse gastos inútiles, pero no desplegar una economía mal entendida, que redunde en perjuicio de todos. Las aves necesitan aire, espacio, limpieza, buena exposición, y sobre todo estar al abrigo de los ataques de sus enemigos naturales, ó sean los insectos, las ratas y los gorriones.

Si se echa mano de materiales viejos, los insectos asaltan literalmente á los pobres animales, atormentándoles á veces hasta causarles la muerte.

Si se emplean telas metálicas ó alambros de mallas anchas, que son mucho más baratos que los espesos, vienen los ratones y las ratas á devorar la comida de las aves, cebándose luego en estas últimas.

Nada puede ni debe esperarse de animales encerrados en un recinto donde penetran los roedores.

La pajarera ha de apoyarse en la pared que sirve de cerca al corral, procurando siempre que mire al Mediodía. Las aves disfrutan de los primeros rayos del sol saliente, y se hallan á la sombra en los momentos en que es más intenso el calor.

No ha de perderse de vista que toda pajarera bien

construida ha de constar de un departamento cerrado y cubierto y de otro enrejado. Este último, eligiendo la exposición de Mediodía, disfruta de los rayos solares desde la mañana hasta la tarde, y los pájaros tienen libertad absoluta de buscarlos ó de evitarlos yéndose á la parte cubierta, ocurriendo lo primero casi todo el año, especialmente en el período de la postura. El calor no les molesta más que en Julio y Agosto, que es la época de la muda, y entonces no les perjudica.

Contra la tapia que mira al Norte se ha de apoyar, pues, la pajarera; pero si la tapia es de medianería, se presenta una dificultad, y consiste en que no puede verse lo que acontece del otro lado, y por allí vienen las ratas y los ratones, enemigos implacables de los pobres pájaros. Para evitar la invasión conviene hacer en la pared una albardilla de tejas ó de planchas de zinc, enladrillando por completo la pajarera. Más sencillo es, sin embargo, y más económico hacer expresamente una tapia de ladrillo para la habitación de las aves, que debe tener por detrás un corredor estrecho, el cual sirve para el servicio de alimentación y limpieza de faisanes, perdices, codornices, palomas y hasta gallinas de rara especie, porque las comunes se crían mejor al aire libre y en la libertad del campo y del corral.

Con objeto de neutralizar los efectos del calor del verano y del frío del invierno, es muy conveniente cubrir las pajareras con haces de paja larga de bálago, sujeta con alambre, techumbre que puede durar dos ó tres años sin necesidad de renovarla.

El suelo de los pisos interiores se ha de cubrir de arena fina y de piedrecillas, y el de la parte enrejada ha de ser un poco inclinado hacia afuera para dar salida á las aguas, y es no sólo oportuno, sino hasta necesario, que el terreno que está delante de la pajarera se cubra de césped y de arbolitos de hoja perenne, porque su vista consuela y anima mucho á los pájaros, haciéndoles más dulce el rigor de su cautiverio.

Las perchas, los nidos, los comederos y los abrevaderos se han de disponer con arreglo á las costumbres de cada especie de aves, cuidando de tener á éstas con la debida separación, si han de obtenerse en la cría de cada una seguros y provechosos resultados.

J. M. C.

GACETILLA.

EL TIGRE.—En el norte y en el centro de la India el tigre arrastra su presa á la orilla del riachuelo más cercano, pasa la noche devorándola, duerme la mañana siguiente y se aleja al caer la noche. Lo ménos que recorre son quince millas, y á veces el doble, ántes de despuntar la aurora.

Uno de los rasgos más curiosos, y al mismo tiempo más característicos del tigre, es el no desear comer carne humana por naturaleza; pero apenas la prueba una vez tan sola, la busca con avidez; así es que, destruido el prestigio del hombre, su carne es preferida á cualquier otra presa.

Cuando el tigre ha tomado gusto por la carne humana, se sitúa en los alrededores de las viviendas y acomete á todas las personas que encuentra.

En el momento que los indígenas descubren que un tigre se oculta en las inmediaciones, huyen de tal modo que se despueblan los sitios habitados.

En 1869 un solo tigre mató 127 personas, é interceptó algunas semanas las comunicaciones entre los pueblos comarcanos. Otro, en las provincias del centro, hizo que los habitantes de trece pueblitos abandonaran sus hogares, hasta el punto que una extensión de 250 millas cuadradas quedó sin cultivar.

No puede formarse una idea aproximada de las criaturas que los tigres matan cada año en la India.

En los distritos de Moundlah hubo en 1856 y en los años precedentes, por término medio, de 200 á 300 víctimas. Los informes oficiales llevados á cabo en las provincias, expresan que los tigres mataron, desde 1866 á 1867, 375 personas; de 1867 á 1868, 289, y de 1868 á 1869, 285.

En el bajo Bengala, según las relaciones oficiales, en un período de seis años, desde 1860 á 1866, los tigres devoraron á 4.218 personas, llegando á 13.400 las que murieron víctimas de las demás fieras, entre otras, por los leopardos y los lobos.

**

CONSEJOS ÚTILES Á LOS DOMADORES DE CABALLOS.—Se devuelve la salud y su hermoso aspecto á un caballo que ha padecido mucho por una causa cualquiera, dándole todos los días uno ó dos manojos de grama del peso de diez á doce libras, mezclados con zanahorias. Este es uno de los mejores medicamentos conocidos y de más rápidos y útiles resultados.

El cólico es otra de las enfermedades que producen con mayor intensidad la muerte de los animales, razon por la que requiere una pronta y rápida cura. El remedio más eficaz, recomendado por una práctica de más de treinta años, consiste en hacer tragar al caballo enfermo medio litro de café concentrado. Este remedio se tiene por infalible.

Un periódico de farmacia asegura que un caballo resabiado, que no quiere dejarse herrar, se puede domar con facilidad, si se le hace aspirar, mientras el mariscal opera, un trapo mojado en aceite volátil de perejil.

Segun dicho periódico, las pruebas hechas con caballos rebeldes é indómitos han dado los mejores resultados.

La prueba no es muy difícil, y merece la pena de hacerla.

MUERTE EXTRAÑA DE ALGUNAS PALOMAS VIAJERAS.—Un criador de palomas viajeras de Saint-Amand, Bélgica, ha visto enfermar la mayor parte de sus crías. Estas, bien alimentadas con maíz, salían regularmente al campo dos ó tres veces al día.

Examinadas con la mayor atención, no se notó ninguna causa aparente de enfermedad ni en la piel, ni en los órganos genitales ni respiratorios.

Pasados algunos días, murieron seis palomas, después una, finalmente otras tres; dos palominos alimentados por estas últimas están próximos á seguir la misma suerte.

En un principio se pensó en una indigestion producida por la mala calidad de la alimentacion, y en particular del maíz; tambien se atribuyó el mal á estar revuelto el grano con ese hongo minúsculo que acompaña á este cereal cuando no está bien limpio.

Sin embargo, ésta no podía ser la causa verdadera, puesto que las que sobrevivían aún, encerradas en el mismo palomar y alimentadas con el mismo maíz, gozaban de una vida envidiable.

Se pasó á examinar los alimentos comidos en el campo. Hecha la autopsia de las palomas, se descubrió en sus buches ciertos insectos de la forma de los caracoles, de color gris, y de una envoltura muy dura y resistente.

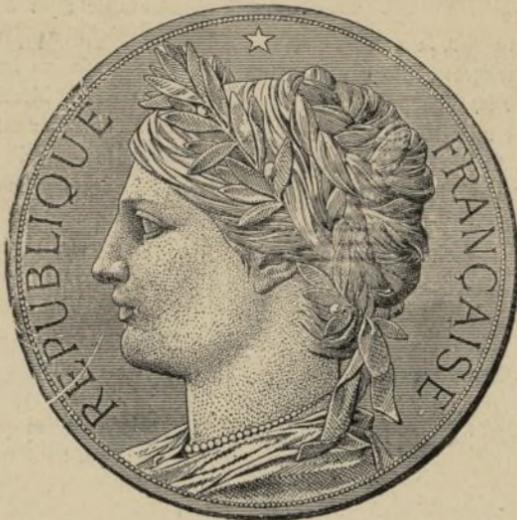
Ahora bien: ¿puede esta envoltura perforar las membranas delgadas que rodean las paredes de los conductos digestivos, y producir una congestion mortal? No nos atrevemos á asegurarlo, porque todo el mundo sabe que las gallináceas digieren con facilidad las piedrecitas de la arena. Tampoco podemos acusar el instinto de nuestras inteligentes viajeras hasta el punto de creer que se hayan envenenado comiendo granos dañosos ó perjudiciales; por otra parte, un exámen minucioso no ha manifestado la menor presencia de granos extraños.

¿Qué conjeturar de esto? ¿Cómo prevenir la muerte de las palomas que nazcan? Hé aquí lo que toca averiguar á un diagnóstico juicioso y detenido.

EMPLEO DE LA DINAMITA PARA ROMPER EL HIELO.—Los periódicos rusos publican algunos detalles de los experimentos llevados á cabo en San Petersburgo para romper el hielo por medio de cartuchos de dinamita.

La dinamita que se ha empleado contenía un 75 por ciento de nitroglicerina y provenía de la Direccion general de Artillería. Cargas de cinco, seis y una libra se colocaron á lo largo del canal de la plaza de San Isaac y de Vassilli-Ostrow; las de cinco y seis libras tenían entre sí un espacio de siete sagenas (la sarena es una medida que tendrá un poco más de dos metros); las segundas, empotradas en el hielo, á siete piés, y las primeras, á unos cinco.

Las de una libra se colocaron, paralelamente al canal, á tres sagenas de distancia unas de otras y á dos piés bajo el hielo.



MEDALLA DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878 con que ha sido premiada LA ILUSTRACION VENATORIA.

La explosion se efectuó por una corriente eléctrica. Los cartuchos de seis libras produjeron en el hielo, que tenía un espesor de cerca de un metro, agujeros, en forma de embudo, de un diámetro de siete sagenas, y grandes hendiduras. El efecto de los cartuchos de cinco libras y de una fueron igualmente, en relacion con su tamaño, extraordinario; pero la explosion de la carga de una libra en el hielo no produjo más que una hendidura de unos 20 centímetros de profundidad y de un diámetro de tres piés.

El estampido en el momento de la explosion fué considerable; pero ningun cristal de las casas vecinas se rompió.

En estas pruebas se emplearon 260 libras de dinamita, distribuidas en 36 cartuchos, los que hicieron saltar 2.112 sagenas de hielo cuadradas. El gasto fué de 65 rublos, y dió por resultado una gran economía sobre la rotura del hielo á brazo. La cantidad de 1.000 rublos sería suficiente para desembarazar de hielo toda la superficie del Neva entre los puentes de Palacio y Nicolas.

Estas pruebas interesantes pueden tenerse en sus resultados como definitivas.

LAS CACERÍAS DEL PRÍNCIPE DE CONDÉ.—Al construir una nueva pista en el bosque de Chantilly, se ha encontrado á cuatro piés bajo tierra, cuidadosamente envuelto en tela de color azulado, el libro de memorias del secretario del jefe de los guardas del príncipe de Condé.

Este libro comprende un período de veinte años, des-

de 1769 hasta 1789. Las piezas muertas y anotadas son las siguientes: 1.943 jabalíes, 4.662 corzos, 77.750 liebres, 587.470 conejos, 80.196 faisanes; 116.564 perdices y 19.696 codornices.

PERRA FECUNDA.—*La Cbasse Illustrée*, de París, publica una correspondencia de Villon, en que le participan un caso de fecundidad rara en una perra de caza de mediana talla, edad dos años y medio, y que no ha conocido más que un perro.

Esta, pues, empezó el parto á las ocho de la mañana, y á las seis de la tarde habia dado á luz diez y siete hijos.

Es verdad que el caso señalado por el firmante de la carta, M. Bertrand, no es comun; pero está muy léjos de ser el único hasta ahora, segun parece asegurar.

No hace muchos años que una perra de caza anglo-normanda, de edad de dos años y medio, parió diez y ocho cachorros.

En cuanto á los partos de diez y doce, son mucho menos raros. Segun recordamos, hace algunos meses una perra irlandesa de uno de nuestros amigos parió catorce perrillos, entre los cuales no habia ni una perra.

NOTICIA DE LA CAZA EN ÁFRICA.—Segun una correspondencia del Conde de Séméle, que se ha establecido últimamente en Tombouctou, este intrépido viajero no ha descuidado, en medio de sus ocupaciones diplomáticas y comerciales, los intereses cinegéticos.

La fauna de las orillas del Níger es una de las más ricas del universo; en ellas se encuentra el elefante, el hipopótamo, el rinoceronte, la jirafa, el león, la pantera, la hiena, el jabalí, el gato montés, el búfalo, la gacela y la liebre. Las aves son igualmente muy abundantes, con especialidad los avestruces, las cigüeñas, los patos salvajes, las avefrías y las perdices.

PESCA DEL BACALAO.—Segun las últimas noticias recibidas de Terranova, la pesca de este año ha sido de las más desgraciadas.

Ademas de la escasez que se ha experimentado esta temporada de bacalao, para colmo de desgracias, una tempestad espantosa y como hacía muchos años no se habia visto otra igual, estalló el 8 de Julio sobre el gran banco, que se ha llevado y destruido en pocos momentos los aparatos de pesca.

Parece que las averías sufridas por la fuerza del temporal han sido considerables, y desastrosas las pérdidas de todas clases.

ADVERTENCIA.

Los señores Suscritores de provincias cuyo abono concluye este mes con el presente número, se servirán renovarlo desde el próximo mes de Octubre, si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico desde el número inmediato.

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

ACABA DE PUBLICARSE EL VOLÚMEN III, TITULADO LIBROS DE CETRERÍA.

Este volúmen contiene el *Libro de la Caza*, del Príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves*, del Canciller Pero Lopez de Ayala, precedidas ambas obras de un *Discurso sobre los Libros de Cetrería*, del Sr. Gutierrez de la Vega.

Son las dos obras españolas de cetrería más famosas del siglo XIV, nunca publicada la primera, y dada á luz la segunda sin los errores de la edicion de la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

Cuesta el volúmen 6 pesetas en Madrid, y 7 enviándolo á provincias.

Para recibirlo á vuelta de correo basta enviar las 7 pesetas en una letra ó libranza del giro mútuo á la Administracion, calle de Espoz y Mina, número 3, Madrid.